Isaac Asimov

El Cercano Oriente

Historia Universal Asimov

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Near East.*
Traducción de Néstor A. Míguez

Primera edición: 1980
Tercera edición: 2011
Sexta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración
de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Cabeza de león en arcilla cocida procedente de Babilonia.
ca. 1600-1400 a. C. © Adam Woolfitt/CORBIS.
Selección de imagen: Alicia Fuentes.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Asimov Holdings LLC. World rights reserved and controlled by Asimov Holdings LLC.
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-5132-3 (T. 1)
ISBN: 978-84-206-5082-1 (O. C.)
Depósito legal: M. 43.988-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 1. Los sumerios
47 2. Los acadios
66 3. Los amorreos
89 4. Los asirios
141 5. Los caldeos
166 6. Los persas
196 7. Los macedonios
220 8. Los partos
245 9. Los sasánidas
291 10. Los árabes
312 11. Los turcos
335 12. Los europeos

353 Cronología
363 Índice onomástico

A Mary y Henry Bluegerman,
más ángeles que parientes políticos

1. Los sumerios

Los primeros granjeros

Hace unos nueve mil años, comenzó a producirse un gran cambio en la humanidad.

Hasta entonces, y durante muchos miles de años, los hombres recolectaban frutos o cazaban animales para alimentarse allí donde podían; perseguían animales salvajes y recogían frutas y bayas. Habían roído raíces y buscado nueces. Los hombres debían contentarse con sobrevivir, y los inviernos eran épocas de hambre.

Una franja de tierra no podía sustentar a muchas familias, y los seres humanos se dispersaban sobre la superficie del planeta. Hacia el 8000 a. C. tal vez no había más de ocho millones de seres humanos en total.

Más tarde, por un proceso gradual, los hombres aprendieron a almacenar alimentos para usarlos en el futuro. En vez de cazar animales y matarlos en el lugar,

mantenían algunos vivos y los cuidaban. Los dejaban crecer y multiplicarse, y solamente mataban unos pocos de vez en cuando. De este modo, no sólo tenían carne, sino también leche o lana o huevos. Incluso podían hacer trabajar a algunos para ellos.

De igual manera, en vez de recolectar los alimentos vegetales, aprendieron a plantarlos y cuidarlos, para asegurarse de que dispondrían de ellos cuando los necesitaran. Además, podían plantar mucha mayor cantidad de plantas útiles que las que tenían probabilidad de encontrar en estado natural.

De cazadores y recolectores de alimentos, los grupos humanos se convirtieron en pastores y agricultores. Los que se dedicaron a la crianza de animales se hallaron con que debían estar en movimiento constantemente. Los animales tenían que ser alimentados, lo cual suponía que era menester buscar pastos verdes de tanto en tanto. Estos pastores tendieron a convertirse en «nómadas» (de una palabra griega que significa «pasto»).

La horticultura era más complicada. La siembra debía realizarse en el momento apropiado del año y de la manera correcta. Las plantas en crecimiento debían ser cuidadas; había que quitarles la maleza y mantener alejados a los animales merodeadores. Era un trabajo tedioso y agotador, sin la despreocupada comodidad y los escenarios cambiantes de que disfrutaban los nómadas. Debían trabajar en cooperación muchas personas y permanecer en el mismo lugar durante toda la estación del crecimiento, pues tenían que estar junto a las plantas.

Los agricultores se agruparon y construyeron viviendas permanentes cerca de sus campos. Las viviendas se fueron apiñando entre sí, pues los agricultores debían estar cerca unos de otros para defenderse contra los animales salvajes y las incursiones de los nómadas. Así surgieron los poblados.

El cultivo de las plantas, o «agricultura», permitió que una franja de tierra sustentase más personas que las que podía sustentar cuando los hombres eran recolectores de alimentos, cazadores o pastores. La cantidad de alimentos que se podía acumular no sólo bastaba para alimentar a los agricultores, sino que permitía el almacenamiento para el invierno. En verdad, se llegó a producir tanto alimento que los agricultores y sus familias tenían más de lo que necesitaban para ellos. Alcanzaba para alimentar a personas que no eran agricultores, los cuales proporcionaban a los agricultores cosas que ellos deseaban o necesitaban. Así, algunas personas podían dedicarse a la alfarería o a fabricar herramientas o a hacer adornos de piedra o de metal. Otros podían ser sacerdotes o soldados, y todos eran alimentados por el agricultor. Los poblados se convirtieron en ciudades, y en ellas la sociedad alcanzó una complejidad tal que podemos hablar de «civilización». (Esta voz proviene de una palabra latina que significa «ciudad».)

La población empezó a aumentar. A medida que la agricultura se difundió, a medida que un grupo tras otro aprendían a cultivar la tierra, la población aumentó cada vez más y ha seguido aumentando desde entonces. Hacia el 1800 d. C., había cien veces más gente

sobre la Tierra que la que había antes de que se inventara la agricultura*.

Es difícil saber ahora dónde, exactamente, surgió la agricultura, en tiempos tan distantes, o cómo se efectuó exactamente el descubrimiento. Pero los arqueólogos están totalmente seguros de que la región donde se hizo el trascendental descubrimiento estaba en lo que ahora llamamos el Cercano Oriente, muy probablemente en la zona limítrofe de las modernas naciones de Irak e Irán.

En primer lugar, la cebada y el trigo crecían en estado silvestre en esa región, y éstas eran precisamente las plantas que mejor se prestaban al cultivo. Eran fáciles de cuidar y crecían en abundancia. El cereal que producían podía ser molido y convertido en harina, que se podía almacenar durante meses sin que se echase a perder, para luego hacer con ella un sabroso y nutritivo pan.

En el Irak septentrional hay un lugar llamado Jarmo. Es un montículo bajo que, desde 1948, fue excavado cuidadosamente por el arqueólogo norteamericano Robert J. Braidwood. Halló los restos de un antiquísimo poblado, en el que se veían los cimientos de casas de delgadas paredes de barro apisonado y divididas en pequeñas habitaciones. Solamente pudo haber albergado de 100 a 300 personas. Allí se descubrieron indicios de una agricultura muy primitiva. En la más baja y primitiva de las

* Después de 1800, la llamada «Revolución Industrial» comenzó a difundirse por el mundo e hizo posible que la humanidad se multiplicase a un ritmo que no se habría podido alcanzar con la agricultura preindustrial solamente, pero ésta es otra historia, ajena a la finalidad de este libro.

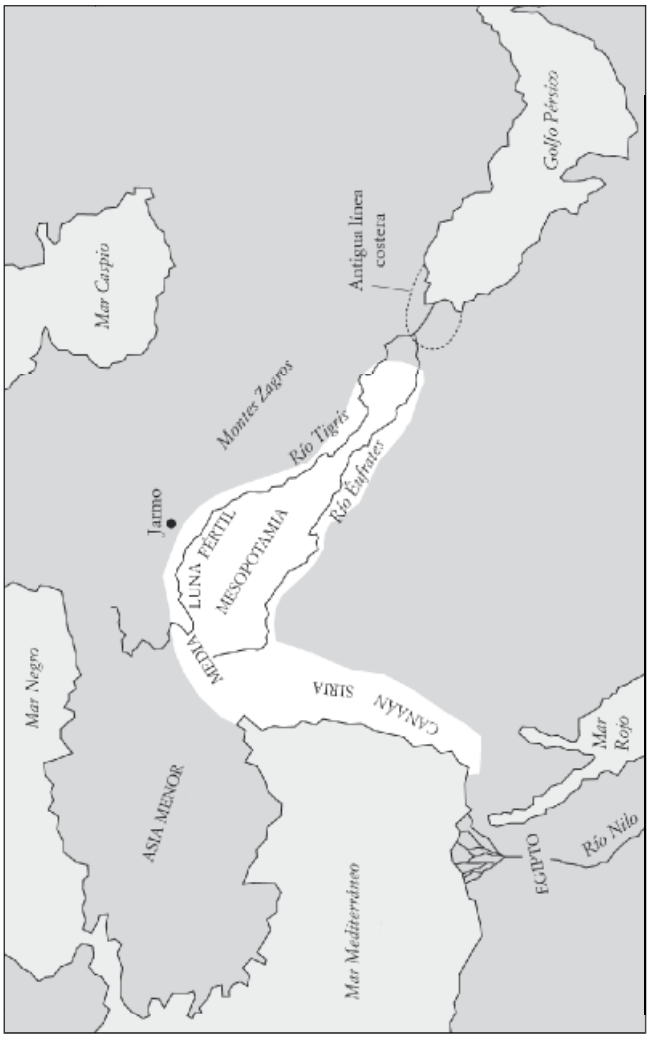
capas, que data del 8000 a. C., se usaron herramientas de piedra para segar el trigo y la cebada, y ollas, también de piedra, para almacenar agua. Sólo en niveles superiores se halló una alfarería de barro cocido. (La alfarería representa un avance considerable, pues el barro es más común que la roca en muchas regiones y, ciertamente, es más fácil de trabajar.) También había animales domesticados. Los primitivos granjeros de Jarmo tenían cabras, y quizá también perros.

Jarmo está al borde de una cadena montañosa, donde el aire se enfría y el vapor que contiene la atmósfera se condensa en forma de lluvia. Los agricultores primitivos debían sembrar en zonas de lluvias seguras. Sólo de este modo podían obtener las ricas cosechas que necesitaban para alimentar a su población en crecimiento.

Los ríos dadores de vida

Pero en las estribaciones de las montañas, donde la lluvia es abundante, la tierra es poco profunda y no muy fértil. Al oeste y al sur de Jarmo había buenos terrenos, hondos y llanos, excelentes para la siembra; se trata de una región realmente fértil.

Esa ancha franja de buenas tierras se curvaba hacia el norte y el oeste desde lo que ahora llamamos el golfo Pérsico y llegaba hasta el Mediterráneo. Bordeaba el desierto de Arabia (demasiado seco, arenoso y rocoso para la agricultura), que estaba al sur, y formaba una inmensa media luna de 1.500 kilómetros de largo. Se la conoce por lo general como la «Media Luna Fértil».



El Oriente Próximo.

Lo que la Media Luna Fértil hubiera necesitado para convertirse en uno de los más ricos y populosos centros de civilización humana (lo que llegó a ser con el tiempo) eran lluvias seguras, pero no las tenía en cantidad suficiente. La tierra era llana y los vientos cálidos pasaban por encima de ella sin arrojar su carga de humedad hasta que llegaban a las montañas que la bordeaban por el este. Las lluvias caían en invierno y los veranos eran secos.

Pero había agua en la tierra, si no del aire, al menos del suelo.

En las montañas situadas al norte de la Media Luna Fértil eran abundantes las nieves, que constituían una fuente infalible de agua que descendía por las montañas hasta las llanuras del sur. En particular, esas corrientes se fundían en dos ríos que fluían a lo largo de más de 1.900 kilómetros hacia el sur, hasta desembocar en el golfo Pérsico.

Conocemos esos ríos por los nombres que les dieron los griegos, varios miles de años después de la época de Jarmo. El río oriental es el Tigris, y el occidental, el Éufrates*. La tierra comprendida entre los ríos era llamada «Entre-los-Ríos», pero en lengua griega se decía *Mesopotamia*.

Las diferentes partes de esta región han recibido distintos nombres en el curso de la historia, y ninguno de ellos ha sido aceptado definitivamente para designar

* Todas las pronunciaciones dadas en este libro son las de los modernos hispanohablantes; por ende, no son necesariamente las usadas por los griegos o cualquier otro pueblo de la Antigüedad.

toda esa tierra. El más difundido es el de Mesopotamia, y es el que usaré en este libro no sólo para denominar la tierra comprendida entre los ríos, sino también toda la región que ellos riegan a ambos lados, desde las montañas del Cáucaso hasta el golfo Pérsico.

Esa franja de tierra tiene unos 1.300 kilómetros de largo y va del noroeste al sudeste; «aguas arriba» siempre significará el noroeste, y «aguas abajo», el sureste. De acuerdo con estas puntualizaciones, Mesopotamia cubre una superficie de unos 300.000 kilómetros cuadrados y tiene, aproximadamente, el tamaño y la forma de Italia.

Mesopotamia abarca el arco superior y la parte oriental de la Media Luna Fértil. La parte occidental, que más tarde no fue incluida en Mesopotamia, se denominaba Siria, y comprendía la antigua tierra de Canaán.

La mayor parte de Mesopotamia está dentro de lo que hoy llamamos Irak, pero las zonas septentrionales traspasan las fronteras iraquíes actuales y se extienden por las modernas Siria, Turquía, Irán y algunas repúblicas caucásicas.

Jarmo está a sólo unos 200 kilómetros al este del río Tigris, de modo que podemos considerar que se halla en el borde noreste de Mesopotamia. Podemos suponer que las técnicas de la agricultura se difundieron en el oeste hacia el 5000 a. C. y que se comenzó a practicar en los tramos superiores de los dos ríos y sus tributarios, no sólo en Jarmo, sino también en otros lugares situados a lo largo de las estribaciones montañosas, al este y al norte. Se cultivaron especies mejoradas de cereales y se domesticaron vacas y ovejas.

Los ríos eran una fuente de agua mejor que las lluvias, y los poblados que crecieron en sus márgenes fueron más grandes y más avanzados que Jarmo. Algunos de ellos cubrieron cerca de dos hectáreas de terreno.

Al igual que en Jarmo, sus edificios eran de barro apisonado, cosa muy natural, pues en la mayor parte de Mesopotamia no había piedra ni buenas maderas para la construcción, pero el lodo era abundante. En las tierras bajas hace más calor que en las colinas de Jarmo, y las primeras casas elevadas al borde de los ríos fueron construidas con gruesos muros y escasas aberturas, para así mantenerlas frescas.

En estas primeras poblaciones no había ningún sistema de recolección de basuras, por supuesto; los desperdicios se acumulaban gradualmente en las calles y eran apisonados por el tránsito continuo de hombres y animales. Cuando las calles se elevaban de nivel, era menester levantar los suelos de las casas con capas adicionales de barro.

De tanto en tanto, las tormentas o las inundaciones destruían estas casas de barro seco. A veces, un poblado entero quedaba devastado. Los sobrevivientes o algunos recién llegados reconstruían la ciudad sobre sus ruinas. El resultado fue que estas ciudades construidas unas sobre otras llegaron a formar montículos que se elevaban sobre la región circundante. Esto tenía algunas ventajas, pues hacía a la ciudad más fácil de defender contra enemigos y más segura contra la amenaza de las inundaciones.

Pero, con el tiempo, las ciudades llegaron a la ruina total y sólo quedaron los montículos (llamados *Tell* en árabe). La excavación cuidadosa de esos montículos reveló capa tras capa de viviendas, cada vez más primitivas, a

medida que se excavaba más profundamente. Esto ocurrió con Jarmo, por ejemplo.

Tell-Hassuna, en el Tigris superior y a unos 110 kilómetros al oeste de Jarmo, fue excavada en 1943, y en sus capas más antiguas se encontró una alfarería más avanzada que todo lo hecho en Jarmo. Se piensa que perteneció al período Hassuna-Samarra de la historia mesopotámica, que duró del 5000 al 4500 a. C.

El montículo llamado Tell-Halaf, unos 190 kilómetros río arriba, proporcionó los restos de un poblado con calles empedradas y casas de una construcción de ladrillo más avanzada. En este período llamado de Tell-Halaf, del 4500 al 4000 a. C., la alfarería mesopotámica llegó a su apogeo.

A medida que avanzaba la cultura mesopotámica, mejoraron las técnicas para domeñar las aguas de los ríos. Si se aprovechaban los ríos de una forma natural, sólo se podía sembrar en los campos de sus márgenes, lo cual limitaba mucho la tierra útil aprovechable. Además, la cantidad de nieve que se acumulaba en las montañas septentrionales variaba de un año a otro, y hacía que variara por tanto el ritmo de la fusión. Siempre había inundaciones a comienzos del verano, y si estas inundaciones eran mayores que lo habitual, había demasiada agua, mientras que en otras épocas podía escasear.

Se les ocurrió a los hombres que la solución consistía en cavar una compleja red de fosos o acequias a ambos lados del río. Esto permitiría extraer agua del río y, mediante una elaborada red de canales, llevarla a todos los campos, incluso a muchos kilómetros de las márgenes del río, de modo que los campos de tierra adentro tendrían los mismos beneficios que si estuvieran junto a las

orillas. Además, los bordes de los canales y de dichos ríos podían ser elevados para formar diques que impidieran a las aguas sobrepasarlos en la época de las inundaciones, excepto en los lugares deseados.

De este modo, se podía confiar en que, en general, nunca habría demasiada agua ni que escaseara. Por supuesto, si el nivel del agua era excepcionalmente bajo, los canales serían ineficaces, a menos que estuvieran muy cerca del río. Y si las inundaciones eran demasiado grandes, los diques serían sobrepasados o destruidos. En verdad, esto ocurrió en algunas ocasiones, pero raras.

La provisión de agua era más regular en los tramos inferiores del río Éufrates, que presentaba menos variaciones en el nivel del agua de una estación a otra y de año en año que el turbulento Tigris. Este complejo sistema de agricultura de irrigación comenzó en el Éufrates superior hacia el 5000 a. C., se extendió aguas abajo, y por el 4000 a. C., hacia el fin del período de Halaf, llegó al Éufrates inferior.

Por ello, fue en el Éufrates inferior donde floreció la civilización. Las ciudades de esa región fueron mucho mayores que todas las anteriores, y algunas tenían poblaciones de 10.000 habitantes en el 4000 a. C.

Esas ciudades se hicieron demasiado grandes para ser gobernadas mediante un sistema tribal, donde todos tienen relaciones familiares entre sí y obedecen a algún patriarca. En cambio, personas sin claros vínculos familiares debían asociarse y trabajar en pacífica cooperación, pues de lo contrario todos hubiesen muerto de hambre. Para mantener la paz y fortalecer esa cooperación era necesario elegir algún líder.

Cada ciudad, pues, se convirtió en una unidad política que poseía suficientes tierras de labranza en sus proximidades para alimentar a su población. Era una ciudad-estado, y a la cabeza de cada ciudad-estado había un rey.

Los habitantes de las ciudades-estado mesopotámicas no sabían, realmente, de dónde venían las vitales aguas del río, por qué se desbordaba en algunas estaciones y no en otras, ni por qué las inundaciones eran escasas algunos años y desastrosas otros. Parecía razonable pensar que todo era obra de seres mucho más poderosos que los hombres ordinarios: de dioses.

Puesto que las fluctuaciones de las aguas parecían no obedecer a ninguna lógica, sino que eran totalmente aleatorias, era fácil suponer que los dioses eran impulsivos y caprichosos, como unos niños, aunque enormemente poderosos, que debían ser engatusados para que proporcionasen la cantidad apropiada de agua, ser apaciguados cuando estaban coléricos y conservar su buen humor cuando estaban felices. Se idearon, por tanto, ritos en los que los dioses eran interminablemente ensalzados.

Se suponía que lo que agradaba a los hombres también agradaba a los dioses, de modo que el método más importante para lograr que los dioses fueran propicios era brindarles alimento. En verdad, no comían como los hombres, pero el humo del alimento quemado ascendía al cielo, donde se imaginaba que vivían los dioses; por ende, se sacrificaban animales y se los quemaba como ofrenda*.

* La creencia de que los dioses vivían en el cielo puede haber provenido del hecho de que los primeros agricultores dependían de la lluvia más que de las inundaciones del río.

Tenemos un ejemplo en un antiguo poema mesopotámico, en el que una gran inundación enviada por los dioses asola a la humanidad. Entonces, los mismos dioses, privados de sacrificios, empiezan a sentir hambre. Cuando un sobreviviente de la inundación sacrifica animales, los dioses se apiñan con ansiedad:

> Los dioses olieron su aroma,
> los dioses olieron el dulce aroma.
> Como moscas, se agruparon sobre el sacrificio.

Naturalmente, las reglas y regulaciones referentes al trato con los dioses eran más complejas que las concernientes al trato con los hombres. Un error cometido con un hombre podía significar una muerte o una sangrienta pelea, pero con un dios, el error podía acarrear el hambre o una inundación que devastase toda una región.

Así, en las comunidades agrícolas surgió un poderoso cuerpo sacerdotal, mucho más complejo que el que nunca tuvieron las sociedades cazadoras o nómadas. Los reyes de las ciudades mesopotámicas eran también altos sacerdotes y se encargaban de llevar a cabo los sacrificios.

La estructura central alrededor de la cual giraba cada ciudad era el templo. Los sacerdotes del templo no sólo estaban a cargo de las relaciones de la gente con los dioses, sino que también llevaban los registros de la ciudad. Eran los tesoreros, los que cobraban los impuestos y los que organizaban la ciudad: formaban la administración pública y la burocracia; eran el auténtico cerebro y el corazón de la ciudad.

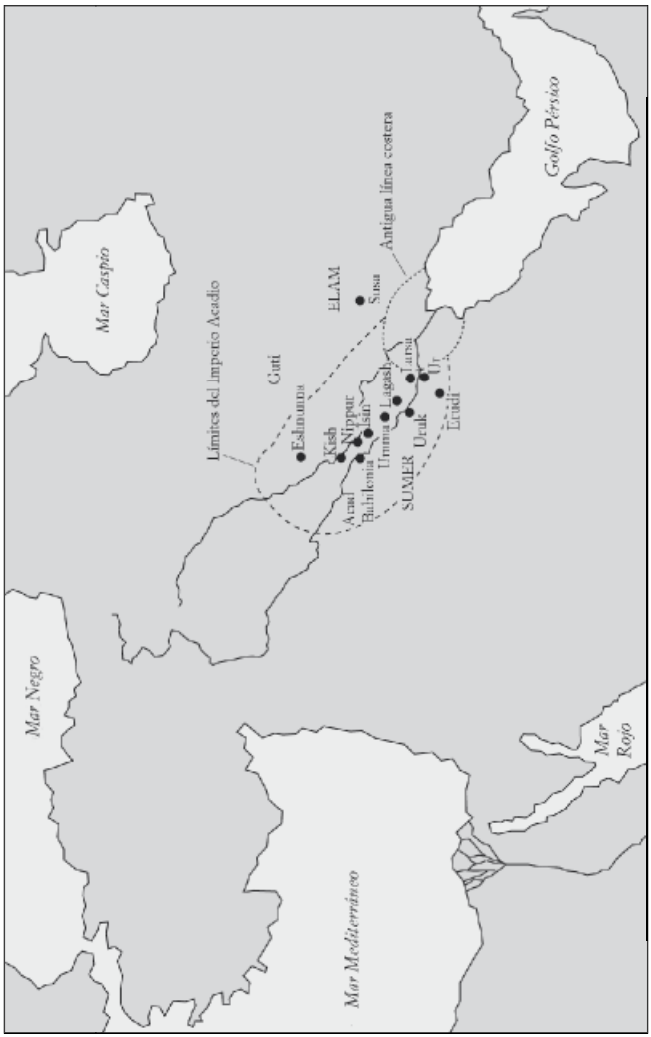
Las grandes invenciones

La irrigación, sin embargo, no era la solución para todo. Una civilización basada en la agricultura de irrigación también tiene sus problemas. Entre otras cosas, el agua de río, al pasar por el suelo, contiene un poco más de sal que el agua de lluvia. Esta sal gradualmente se va acumulando durante largos siglos de irrigación y arruina el suelo, a menos que se utilicen métodos especiales para limpiarlo. Esta situación podría hacer que civilizaciones que se basaban en la irrigación de sus tierras circundantes quedaran desoladas.

En Mesopotamia se pudo evitar este peligro, aunque su suelo se hizo ligeramente salino. De hecho, ésta es la razón de que su cereal principal fuese la cebada (y lo sigue siendo hasta hoy), pues ésta resiste mejor un suelo ligeramente salino.

Por otra parte, la acumulación de alimentos, herramientas, ornamentos de metal y de todas las cosas buenas de la vida eran una permanente tentación para aquellos pueblos del exterior que carecían de agricultura. Por ello, la historia de Mesopotamia es una larga sucesión de altibajos. Primero, surge la civilización en períodos de paz y se acumula riqueza. Luego se abalanzan desde el exterior los nómadas, los cuales provocan la decadencia de la civilización y se produce una disminución de las comodidades materiales, pudiendo llegar incluso a su desaparición.

Los recién llegados aprenden los hábitos civilizados e incrementan de nuevo la riqueza material y a menudo hasta la llevan a nuevas alturas, para ser a su vez abrumados por una nueva oleada de bárbaros. Es un proceso que sucede repetidamente.


Mar Caspio
Golfo Pérsico
Antigua línea costera
ELAM
Susa
Límites del Imperio Acadio
Guti
Eshnunna
Kish
Nippur
Isin
Urumia
Lagash
Larsa
Ur
Eridi
Uruk
SUMER
Acad
Babilonia
Mar Negro
Mar Rojo
Mar Mediterráneo

Sumer y Acad.